

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO II—TOMO II | San Salvador, Domingo 17 de Setiembre de 1882. | SERIE VI—N. 68

Cuatro años de reinado.

VENGO de Roma, en donde, mientras entre nosotros caían al suelo tantas grandezas efímeras, había ido á ver otra grandeza inmutable y serena, que, sin poseer ninguno de los medios de la potencia terrestre, domina al mundo imponiéndole el respeto de sus derechos desarmados.

Ya yo había visto al Papa en el principio de su pontificado, cuando subía, nó al trono sino al Calvario, en medio de dificultades universales, sin el apoyo de ningún Gobierno, abandonado, despojado, cercado tan solo de enemigos y de emboscadas.

Cuatro años han pasado; y por efecto de sabiduría y arte superiores, todo ha milagrosamente cambiado. El pária del Vaticano ha vuelto á ser el eje del mundo moral y político. Sin ruido y casi sin esfuerzo aparente, ha reconquistado todo lo que el Papa, relegado entre cuatro paredes, parecía haber perdido; del fondo de su palacio bloqueado, ve hoy que se vuelven á él los países más hostiles y los Gobiernos que menos se esperaban. Los que le hacían la guerra, solicitan su paz; los que habían jurado que no irían á Canossa, se ponen tranquila y lealmente en camino; los que habían cortado toda relación diplomática le envían Embajadores; y el gran problema de la independencia temporal de la Santa Sede, que parecía enterrado para siempre, saliendo de repente de entre las sombras, se ha antepuesto bruscamente en el consejo de las Potencias, á todos los demás problemas europeos!

Jamás se ha visto una situación más admirablemente cambiada, con menos recursos y con menos medios de acción. Jamás el trabajo silencioso de una simple fuerza moral había, en tan poco tiempo y con semejantes obstáculos, alcanzado tan sorprendentes resultados.

—¿En qué vendrá á parar este movimiento extraordinario?

Nadie tal vez podría decirlo aún: pero lo que nadie puede negar es que el hombre, que, sin ejércitos, sin tesoros, sin poder material de ningún género ha realizado este prodigio, no es un político ordinario, y que ocupará justamente lugar distinguido entre las más grandes é ilustres figuras del Papado.

Porque es el Papa solo, quien ha hecho lo que el mundo admira. El milagro realizado es su obra personal, la obra de su diplomacia paciente y de su moderación, de su génio conciliador y pacífico; y este es el notable espectáculo que me ha traído segunda vez á Roma, para saludar el quinto aniversario de un pontificado tan glorioso.

Al pasar el umbral de la puerta de bronce y subir las largas escaleras de mármol que conducen á los departamentos del Padre Santo, me acordaba involuntariamente de un pormenor expresivo del retrato, que la pluma ingeniosa de Luis XVIII trazaba de un Príncipe, cuyos progresos prudentes en el espíritu público observaba:—

“No lo veo caminar, escribía el anciano Rey, pero siento que avanza.”

No se ve caminar á León XIII, pero se siente que, á pesar de todo, avanza. Ha hecho armas suyas el silencio y la dulzura, la paciencia y la bondad, armas á menudo más eficaces que otras muchas; y quizá un día la Iglesia tenga que decir de él, lo que la Roma antigua de uno de sus más grandes ciudadanos: *Cunctando restituit rem!*

El Papa tiene 71 años; pero su salud, léjos de declinar, parece más vigorosa que en los primeros tiempos de su pontificado, á pesar de las incesantes labores que la gastan. Se ha hecho al clima de Roma, más rudo que el de Perusa; se ha habituado, sobre todo, á la claustración del Vaticano; cuantos lo han visto en las últimas solemnidades de San Pedro, han podido asegurarse de la firmeza de su porte y del resplandor de su mirada, cuando á la cabeza de su magnífico cortejo, atravesaba repartiendo bendiciones por entre la multitud prosternada á su paso.

En una de estas imponentes fiestas de la beatificación, todas resplandecientes de miles de luces y de la más hermosa música de Palestrina, la casualidad me había colocado en un punto, por donde debía pasar el Papa; y en el momento en que me inclinaba bajo su mano paternal, noté, cerca de mí, de rodillas en el pavimento y con traje de etiqueta, á un hombre de unos cincuenta años, de barba cana y de anteojos azules. No pude dejar de sentir cierta conmoción: era M. Emilio Ollivier, á quien no esperaba encontrar en semejante lugar, y que acaso había venido á él, en un vago arranque del alma, á soñar la corrección de su libro sobre el 19 de Enero...

Después, y día á día, lo encontré en los alrededores del Vaticano, como si alguna fuerza misteriosa lo atrajese hácia ese palacio enigmático. No se si al fin franquearía sus umbrales; pero parecía atormentado por algún pensamiento secreto, y me hizo el efecto de la vision de un hijo desgraciado y descarriado, que aspira á volver á ver á su padre...

Nada se habla en Roma de la partida del Papa, pero se sabe con certidumbre que todo está pronto para esa eventualidad. No habría amenazado vanamente con ella un espíritu tan grave y reflexivo como el de León XIII. Se ha llegado aun á reglamentar el ceremonial, que se observaría en esa circunstancia.

En cuanto á los archivos, á los tesoros artísticos, á todas las riquezas que encierran el Vaticano y la Basílica de San Pedro, todo ha sido inventariado escrupulosamente, y copia oficial se ha dejado en cada una de las Embajadas acreditadas cerca de la Santa Sede.

¿Qué haría la diplomacia en caso de salir León XIII? El asunto ha sido netamente propuesto á todos los Gabinetes; todos los cuales, todos, han contestado, que sus Representantes seguirían al Papa á donde quiera que éste fuera; porque, donde está Pedro, allí está la Iglesia.”

Otro asunto ha sido también propuesto netamente al cuerpo diplomático:—¿Qué sería del Vaticano y de la Ba-

sílica de San Pedro, si el Papa dejase á Roma?

En este punto complejo, los Gobiernos, antes de contestar, han creído deber consultar á la Italia; y parece que hasta hoy los Ministros del Rey Humberto no han hecho conocer sus intenciones.

Como quiera que sea, es cosa decidida que el día en que el Papa se aleje de la Ciudad Eterna, dejará un Vicario y una Comisión de tres Cardenales, residentes en el Palacio Apostólico. Es cosa decidida también que los Embajadores, antes de retirarse á su turno, cubrirán el Vaticano, haciendo arbolar en la puerta de bronce, custodiada por los suizos, los pabellones de las Potencias.

Desde ahora mismo están algunos órganos italianos protestando contra esta aparición eventual de las banderas *extranjeras* en las orillas del Tíber; pero el día en que sus matices protectores flotaran encima del Vaticano, ¿quién se atrevería á forzar la puerta del Palacio, pasando por encima de la bandera de Alemania?

Si el Papa sale de Roma, ¿á dónde irá?

León XIII no lo ha dicho á nadie. Es su secreto, y aun las personas más íntimas de su cortejo están reducidas á hacer meras conjeturas.

Se ha hablado de Miramar, en el Adriático, antigua residencia de Maximiliano; se ha citado á Fulda, en la Alemania del sur; á Salzburgo en la católica Austria; á Colonia, con su vasta catedral y su magnífico palacio ofrecido por el Emperador Guillermo; á Strasburgo, como que á la vez podría conciliar la hospitalidad germánica y las consideraciones debidas á Francia; á la isla de Malta, tan reiteradas veces ofrecida por Inglaterra; pero la verdad es que nadie, fuera del Papa, sabe, ni la fecha probable de la partida, ni el lugar de refugio escogido.

Lo que parece solamente probable es, que ni Francia, ni Austria, ni España, ni Inglaterra tienen serias esperanzas de recibir al Augusto Desterrado.

La primera no sabría ofrecer, ni mucho menos hacer aceptar, su hospitalidad dudosa al Jefe de una religión que persigue; la segunda y la tercera no podrían recibirlo en su suelo dividido y turbado, sin correr riesgo de provocar las más graves complicaciones; y en cuanto á la última, cualquiera que sea su generoso pensamiento, fuerza es confesar que no tiene los títulos necesarios para semejante preferencia. Habiéndose, en fin, excluido asimismo la Bélgica, por su brutal ruptura con la Santa Sede, no se ve más que á Alemania, que tenga probabilidades de juntar en su territorio, felizmente pacificado, "estas dos mitades de Dios; el Papa y el Emperador!"

Se afirma que la Emperatriz Augusta escribió personalmente al Padre Santo una carta elocuentísima, en apoyo de la nueva política de Alemania.

Lo que es seguro es que M. de Bismarck, que no es nada afecto á quimeras, que camina á fines prácticos é inmediatos por caminos maduramente meditados, ha dibujado sobre este punto su política en el Reichstag, de manera de no dejar ninguna duda; y en el momento en que yo salía de Roma, el famoso Baron de Schlœzer, su confidente, llegaba con misteriosas instrucciones del Gabinete de Berlín.

Habiéndose alojado por casualidad en la *Fonda de Roma*, donde yo también me encontraba, pude, si no penetrar los secretos de la diplomacia, conocer al hombre distinguido que los trae.

El Doctor Schlœzer ha pasado ya de la primera juventud. Tendrá unos cincuenta y cinco años. Conoce á fondo á Roma y al alto Clero, porque estuvo de Secretario de Embajada en el palacio de Caffarelli, antes de 1870. Pero encontrará con quien hablar, en el Cardenal Jacobini, que es uno de los políticos más sagaces é instruidos que haya tenido la Santa Sede.

Ya otra vez escribí aquí mismo sobre este eminente Secretario de Estado, cuya figura y habilidad, cubiertas con las formas más exquisitas, han hecho tan grandes servicios al Papado. Añado que no tiene nada que temer de los dos hábiles diplomáticos con quienes va á habérselas; y si yo hubiera de apostar al resultado final de las negociaciones, sería indudablemente sobre las cartas

coronadas del risueño Cardenal.

Por lo demás, el Baron Schlœzer, no viene á Roma por un día. Representará á la Prusia de una manera oficial y permanente, una vez que el Reichstag aprueba la partida de \$18,000, relativa á su establecimiento; y mientras tanto, está buscando un palacio en que instalar su Embajada.

Dicen que á su partida de Berlín, le dijo el Emperador Guillermo:

"No quiero morir, sin haber afianzado la paz religiosa en la Alemania entera."

Por su parte, León XIII ha dado muchas muestras de su paternal deseo de llegar á una restauración religiosa, política y social, de acuerdo con los tiempos y las circunstancias.

En suma, ¿qué es lo que quiere el Papa?

Simplemente la garantía de su independencia; y no la pide, ni á invasiones extranjeras, ni á combinaciones que puedan herir el legítimo orgullo de Italia.

Italiano también, y ansioso de contribuir en lo que pueda al honor y á la libertad de su patria, está pronto á entenderse afectuosamente con ella, aceptando la reconciliación en el terreno de las reparaciones.

Es una solución amigable la que propone, ó más bien, la que espera, y cuya fórmula sencilla y justa podría ser: *El Papa soberano, en la Italia independiente.*

Los hombres de Estado han llegado á otras soluciones más difíciles, y si Italia entiende bien su interés, debía tratar de llegar á la que el Pontífice le propone, más salvadora para ella, que para el Papado.

Si no se llega á ningún arreglo, ¿quién podrá padecer más? ¿La institucion nacida de ayer, y que tiembla aún sobre sus frágiles bases, ó la que ha surcado victoriosamente las revoluciones y los siglos?

Suceda lo que suceda, León XIII habrá hecho el milagro de resucitar estos asuntos que parecían muertos, y de haberlos, en medio de inauditas dificultades, inscrito solemnemente al principio de la orden del día de Europa.

¿Quién habría podido creerlo hace cuatro años, cuando la persecución se desencadenaba en casi todas las naciones, cuando la Francia abandonaba sus antiguas tradiciones católicas, cuando la Bélgica, entregada á los francmasones, rompía insolentemente con la Santa Sede.

¿Quién habrá podido creer que la Alemania de Lutero, que el país del *Kulturkampf*, se asociaría, antes que otro cualquiera, á las reivindicaciones del Papado, que tomaría su causa como suya, y la hiciera prevalecer en el concierto de los Imperios, la Inglaterra protestante y la cismática Rusia?

La vuelta es extraordinaria, y, si descubre uno de esos golpes inesperados de la Providencia, ante los cuales se desconcierta la política humana, atestigua también la habilidad superior que, con las manos atadas y en el fondo de una prision, ha sabido realizar tan prodigioso cambio.

En la Basílica de S. Pablo *extra muros*, se admiran en magníficos mosaicos los retratos de los 263 Papas que han gobernado la Iglesia, (incomparable sucesion, de que no ofrecen ejemplo ninguna dinastía, ni los Imperios mejor sentados.) León XIII ocupa ya el lugar que le estaba preparado, en pos de sus gloriosos antecesores. Su retrato está allí, de vivo parecido, con la suave majestad de su hermosa fisonomía, y la profundidad de su mirada, que parece penetrar el porvenir.

¿Qué escribirá la historia al pié de ese medallón?

Sería preinaturalo decirlo hoy: pero los cuatro años de reinado transcurridos bastan para hacerlo presentir.

Bajo estas impresiones, me dirigí á la audiencia privada que se habia dignado concederme el Padre Santo, antes de mi venida.

Le encontré en su gabinete solitario, con su hopalanda blanca encima del albo vestido, tal como se le ve en el medallón de San Pedro; afectuoso con dignidad, noble y bueno á la vez, sobre todo cuando habla de nuestra tierra, con la pureza mas acabada de nuestra lengua, y con un acento que conmueve el corazón.

La conversación fué larga, porque era sobre muchas cosas; y después de la última bendición, en el momento en que me retiraba, con el alma enternecida, este Rey, este Pontífice y este padre,—Leon XIII—me dijo aún, con esa voz armoniosa y tierna, que nunca olvidarán los que han oído:

“¡Si! Quiero á la Francia, la quiero ardientemente, y ruego mucho por ella!”

Gracias, Padre Santo: mi Patria tiene mucha necesidad de vuestras oraciones!

PH. DE GRANDLIEU.

El Figaro, Febrero de 1882.

SECCION PIADOSA.

Domingo XVI después de Pentecostés.

El Evangelio de este Domingo contiene dos partes: en la primera se refiere la curación milagrosa de un hidrópico; y en la segunda, por medio de una sencilla parábola, se nos recomienda el ejercicio de la virtud de la humildad.

El hidrópico fué curado instantaneamente por el divino Salvador, en casa de un Príncipe de los fariseos, á donde habia sido invitado con otros á comer en día de sábado.

Es bien sabido que los fariseos formaban entre los Judios una secta, que se separaba en sus creencias, y en la práctica de la moral y de la disciplina religiosa, de las enseñanzas y tradiciones mosaicas, y de las doctrinas contenidas en los libros sagrados. Atendiendo más á la letra que al espíritu de la ley, y prefiriendo en muchos casos las leyendas y las corrompidas tradiciones del vulgo á la interpretación legítima y autorizada de los documentos divinos, los fariseos se habian apartado de las prescripciones bíblicas y torcido el significado verdadero de las tradiciones legales.

“La letra mata, y el espíritu vivifica,” nos ha dicho el Apóstol; y en ningún otro caso es más exacta la aplicación de este axioma, que cuando se trata de la religión y la moral.

Por lo que hace al dogma, la letra puede conducirnos á la superstición y al fanatismo; y por lo que hace á la moral y á las costumbres, nos lleva indudablemente al vicio de una detestable hipocresía. Si á la letra se agregan las falsas interpretaciones y las tradiciones ridículas del vulgo, auxiliadas por el influjo pernicioso de las pasiones y por los intereses de secta ó de partido, tendríamos la religión y la moral minadas en su propia base, para extrañar la dirección conveniente que deben dar á la razón y á la conciencia.

Es por estos motivos que Jesucristo atacó siempre tan duramente la secta de los fariseos, que exageraban las prescripciones de la virtud, para ocultarla con el denso velo de una hipocresía repugnante.

“El espíritu vivifica”, porque solo él puede darnos á conocer el verdadero sentido de los dogmas religiosos y de los preceptos morales.

Por una de tantas interpretaciones hipócritas, los fariseos profesaban la máxima, de que en día de sábado, que era de estricta observancia para el pueblo hebreo, no era permitido ejercitarse ni aun en obras buenas y de caridad, al paso que no sentían ningún escrúpulo en ocuparse durante él en proporcionarse lucros, intereses y ganancias temporales.

Puesto el hidrópico delante de ellos, Jesucristo, antes de curarle, les pregunta:—“Si es lícito curar en día Sábado?”

Los fariseos nada pudieron responder; pero el divino Maestro cura al enfermo, y le deja ir completamente bueno y sano.

—“¿Quién de vosotros, añade, no saca inmediatamente en día sábado un asno ó un buey, que se le ha caído dentro de un pozo?”

Y tampoco pudieron responder á esto.

Tal es siempre la suerte de la virtud entre los hombres. Su abandono y su exageración hipócrita llevan á los mis-

mos resultados: á la inmoralidad y á la corrupción de las costumbres.

La hipocresía es un vicio tanto más detestable, cuanto que en nombre, y bajo las apariencias de la virtud, se conculca, ultraja y menosprecia los fueros sagrados de la virtud misma.

El divino Salvador, que aprovechaba todas las circunstancias que se le ofrecían para inculcar los preceptos de la moral más pura, nos presenta en seguida, y en el mismo evangelio de este día, el contraste de la máxima farisaica, que acaba de combatir.

Son el orgullo, el amor propio y la soberbia el origen verdadero de todos los vicios y pecados; y en el fondo de una conducta hipócrita, se deposita siempre, para servirle de base, una vanidad corruptora.

Por esto es que el divino Maestro nos recomienda á continuación el ejercicio de la humildad, que es la virtud contraria, como fuente única de todas las demás virtudes, y base sólida y duradera de toda perfección cristiana.

La parábola de que usa está tomada de las circunstancias que le rodeaban. Se hallaba en la mesa con los otros invitados, que eran todos fariseos y doctores de la ley, y les dice:

—“Cuando fueres invitado á un banquete nupcial, no te sientes en el primer puesto, no sea que después venga otro invitado de más categoría, y el dueño de la fiesta te diga: *Dá ese lugar á este otro*, y tengas que colocarte avergonzado en otro puesto inferior. Cuando seas llamado, vé y siéntate en el último puesto, para que cuando venga el dueño de la fiesta, te diga: *Amigo, siéntate más arriba*. Entónces te cubrirás de gloria en presencia de los invitados, porque *todo el que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado*.”

Repetidas veces nos dió Jesucristo esta misma lección, no solo en parábolas, sino tambien en un format precepto en que nos dijo:—“Aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazón.”

De la doble enseñanza, pues, del evangelio de este Domingo, debemos sacar nosotros los cristianos dos importantes lecciones.

La primera es la de hallarnos siempre bien dispuestos, sacrificando la vanidad y el orgullo, á renunciar nuestra propia opinión, para solo atender á la interpretación infalible y á las enseñanzas legítimas de la Iglesia, en todo lo que hace relación á la fé y á la doctrina, á la moral y á las costumbres.

La segunda es la de ejercitarnos en las humillaciones, y en el constante sacrificio y abnegación de nuestra propia voluntad y de nosotros mismos, para llegar á adquirir una sólida y profunda humildad, base y fundamento de toda virtud y de toda perfección cristiana.

HISTORIA PATRIA.

ESTUDIO HISTORICO

SOBRE LA ERECCIÓN DE LA MITRA DEL SALVADOR.

PARTE PRIMERA.

CAPÍTULO TERCERO.

ESTADO POLITICO DE LA PROVINCIA DEL SALVADOR, DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO XIX, HASTA SU INDEPENDENCIA EN 1821.

ARTÍCULO TERCERO.

Primera insurrección de San Salvador en 1811: su objeto y organización: desacuerdo de los otros tres Partidos: se frustra el movimiento de la Capital: verdaderas causas de ese fracaso.

El Señor Don Antonio Gutierrez Ulloa gobernaba durante ese tiempo la Provincia del Salvador, en calidad de Intendente; y lo acompañaban en los principales empleos algunos españoles, que podían apenas

cumplir las ordenes del Capitán General Bustamante, contra los movimientos de insurrección.

Enfrente de ellos, el grupo de Salvadoreños que hemos descrito organizaba definitivamente la revolución, combinaba los planes, elegía los medios y practicaba las primeras disposiciones.

El pueblo de la ciudad esperaba la señal de sus caudillos, para marchar al objeto de sus constantes y más vivos deseos.

“Los autores de este movimiento, dice Marure, *Revolución de la América Central* Cap. 1º, tuvieron por principal objeto hacerse dueños de tres mil fusiles nuevos que existían en la Sala de armas, y de más de doscientos mil pesos, que estaban depositados en las cajas reales; y fuertes ya con estos grandes recursos, se proponían dar el grito de libertad,” y sostenerla contra la agresión que esperaban de Guatemala y de las Provincias colindantes.

Este movimiento de la capital debía coincidir con el movimiento simultáneo de las otras poblaciones de la Provincia, que deberían á su vez apoderarse de sus respectivas armas y dinero, y colocar nuevas autoridades independientes.

Para esto enviaron invitaciones y agentes, y se pusieron de acuerdo con algunas secciones de los pueblos de Metapán, Zacatecoluca, Usulután y Chalatenango.

Pero sea, que tuviesen demasiada confianza en las simpatías generales, sea que el temor de ser descubiertos acelerase sus operaciones, lo cierto es, que no esperaron la contestación de las capitales de los otros tres Partidos de la Intendencia; ni aún tuvieron la precaución de informarse del verdadero estado y disposición en que se encontraban con respecto á la insurrección, lo que fué causa de su ruina.

El 5 de Noviembre efectuaron su movimiento con el pueblo de la capital, que fácilmente quedó dueño de la situación.

Pero en esos mismos momentos, las noticias más desconsoladoras é inesperadas vinieron á desconcertar todos los planes, á infundir el desaliento en los caudillos y el desorden en el pueblo.

Se supo que los otros tres Partidos de la Provincia, lejos de estar de acuerdo, impugnaban el movimiento: que la ciudad de San Miguel y las villas de Santa Ana, Sonsonate y San Vicente, se habían puesto sobre las armas, y se disponían á reprimir la tentativa de la capital, que declararon como una revolución sacrilega: que habían enviado al Capitán General noticias de lo ocurrido, y aún á las invitaciones mismas que se les habían dirigido.

Este desengaño terrible vino á hacer caer la venda de ilusiones, que ciega generalmente á los revolucionarios; y los de San Salvador, al encontrarse aislados y perseguidos por los mismos á quienes creían cooperadores, no tuvieron más que abandonar una empresa, que no podían ya ni adelantar, ni hacer retroceder.

Desconcertados los caudillos dejaron solo al pueblo, que armado y triunfante, quedó dueño de la acéfala capital; pero, sin dirección y sin orden, no pudo avanzar un paso en la realización de su objeto.

La moralidad del pueblo, le infundió una moderación extraordinaria, que impidió los desórdenes y desgracias.

“Seis días estuvo la ciudad, dice Marure, *Revoluciones de la América Central*, sin ninguna autoridad que la gobernase, y más de un mes, lo fué por Alcaldes que se mudaban á cada instante; y sin embargo, no se cometió ningún género de exesos, á pesar de que el populacho se hallaba en la mayor agitación.”

No sucedió lo mismo, por desgracia, en las otras poblaciones, que, de acuerdo con la capital, efectuaron

su movimiento; porque hubo que lamentar algunos asesinatos, robos, incendios y demás consecuencias de la anarquía.

Así fué como se desvanecieron las esperanzas de esta revolución, que hubiera igualado al Padre Delgado Cura de San Salvador, con el Padre Hidalgo Cura de Dolores, cuyo grito despertará más tarde á la Nueva España. No produjo más que la destitución de algunos empleados españoles, lo que no compensó las desgracias de las Poblaciones, y la división que se introdujo desde entonces, entre los Partidos de la Intendencia.

— Cuando se considera, por una parte, la competencia de los caudillos de esta revolución tan importante y el entusiasmo del pueblo que iba á ejecutarla, y por otra, el fracaso producido por la falta de concurrencia de las otras poblaciones salvadoreñas, tan entusiastas como la capital, salta la idea de que en ello mediaron causas ocultas y muy poderosas.

En efecto, en esta revolución sucedió lo que sucede generalmente en todas, esto es, que con el patriotismo y el bien general de los pueblos, se juntan los intereses particulares y las aspiraciones personales de los primeros caudillos.

La perfección no es un atributo propio de la naturaleza humana; y los grandes hombres suelen tener también grandes debilidades.

El Dr. Delgado no estuvo exento de estas reglas generales.

A pesar de sus grandes cualidades, tuvo la debilidad de dejarse dominar por el deseo de obtener él mismo la Mitra del Salvador; á la que se creía acreedor, con un derecho fundado en sus indisputables merecimientos, y en el voto de muchos de sus conciudadanos.

Por otra parte, se persuadió que los que ejercían la autoridad tanto civil, como eclesiástica, lejos de favorecer, se opondrían á la consecución de su Mitra; la que no podría obtener, sino mediante la independencia política de su patria, á la que necesariamente y como consecuencia natural, se seguiría su independencia eclesiástica de la Mitra Metropolitana.

Estas aspiraciones del Dr. Delgado se conocieron claramente en el proyecto de insurrección de 1811; pues, aún algunos periódicos de Puebla y de Méjico, según afirma el autor de la *Contestación al Manifiesto*, 1824, dijeron que *el objeto único y el fruto de sus trabajos emprendidos desde 1811, fueron la erección de Iglesia y la elección de Obispo hecha en el Padre Cura Dr. Delgado.*

El Padre Dominguez, en la *Carta á sus feligreses*, dice, “*hasta los papeles de Méjico y de otras partes aseguran, que toda la revolución de San Salvador desde el año de 11, no ha tenido otro objeto que la Mitra del Dr. Delgado*”; y el autor de la *Contestación al Semanario*, dice: “*el año de 11 revolucionó el Padre Delgado para negar la obediencia al Padre Arzobispo de Guatemala, porque era, decia, nombrado por la Regencia de España, que no tenía derecho de patronato, concedido á la persona del Rey.*”

Como en el orden eclesiástico toda insurrección contra la gerarquía de la Iglesia es un cisma, toda aspiración personal á sus dignidades es un delito, todo medio no establecido por los cánones es un asalto sacrilego, esto bastó, para separar de la revolución y poner en su contra, á personas poderosas del clero y al sentimiento religioso de una gran parte del pueblo.

En ese tiempo las otras tres Vicarías Provinciales de la Intendencia, estaban gobernadas en lo eclesiástico por tres sacerdotes no menos ilustrados y dignos que el Doctor Delgado.

La de San Vicente lo era por el Señor Presbítero Dr. y Maestro Don Manuel Antonio Molina y Cañas, que, por sus talentos, por sus virtudes y por la honorabilidad de su familia, era una de las figuras más sobresalientes de su época. Tanto, que según se aseguraba, era él el candidato de la Curia eclesiástica y de gran parte del clero y del pueblo, para llevar la Mitra del Salvador, cuya erección canónica todos deseaban.

En la Vicaría de San Miguel estaba de Vicario el Señor Presbítero Dr. Don Miguel Barraeta, y en la de Santa Ana el Señor Presbítero Dr. Don Manuel Ignacio Cárcamo, que ejercían una influencia decisiva en los Párrocos y Parroquias de sus respectivas demarcaciones.

Todos estos ilustres sacerdotes, si bien deseaban ardientemente y procuraban con afán la independencia y autonomía de su patria, no querían verla envuelta en un cisma religioso, ni menos cooperar á su desgracia.

Por esto fué que, al penetrar en los secretos de la revolución del año de 11, no solo se negaron á tomar parte en ella, sino que protestaron enérgicamente, la declararon sacrílega por lo que tenía de religiosa, é influyeron para que el mal fuese reprimido en su principio, y no extendiera más lejos sus consecuencias.

En efecto, el Ayuntamiento de Santa Ana en sesión de 11 de Noviembre del mismo año, rechazó la invitación que se le envió, y se declaró abiertamente contra la revolución. Lo mismo hicieron los Ayuntamientos de las Villas de Sonsonate y de San Vicente.

El Ayuntamiento de la ciudad de San Miguel en sesión de 9 del mismo mes y año, pasó más adelante; hizo quemar en la plaza pública por mano del verdugo igual invitación, é hizo demostraciones más explícitas contra el proyecto de San Salvador.

Marure, y los demás historiadores liberales que lo han copiado, han hecho caso omiso de la faz religiosa de la revolución del año de 11, y de las otras que precedieron y siguieron á la independencia del Salvador; y no queriendo ver más que uno de los dos aspectos de esos acontecimientos, ensalzan más de lo justo el patriotismo del Señor Delgado, y deprimen injustamente el mérito de los otros sacerdotes.

Esas insurrecciones eran eminentemente civiles y eminentemente anticatólicas, puesto que envolvían una grande aspiración en favor de la Patria y una aspiración reprobada contra la autoridad de la Iglesia. Aquellos ilustres sacerdotes deseaban y procuraban la autonomía del Salvador; pero jamás la hubieran comprado á costa de su apostasía y del bien religioso de los pueblos que gobernaban.

SECCION DE VARIADAS
CRONICA INTERIOR.

El Pueblo.—En su último número registra un interesante artículo sobre *las Cárceles*, en el cual demuestra la necesidad de adoptar para ellas un sistema, que conviniendo la moral, la instrucción y el trabajo, haga que consigan su fin natural, que es la corrección y mejoramiento de los reos.

La experiencia enseña que cuando las prisiones no están así reglamentadas, son más bien un foco de corrupción, que vuelve al criminal peor y más protervo, y que aumenta necesariamente el vicio y los delitos.

El autor manifiesta el buen éxito que las penitenciarías de Colombia, del Perú, y de Chile han alcanzado desde que se amoldaron á las de Filadelfia; y aun las mejoras que España ha obtenido en este género, desde la conferencia internacional sobre sistemas carcelarios.

Ojalá el Supremo Gobierno del Salvador, tan solícito por los adelantos positivos, adoptase las indicaciones de

“El Pueblo”, en beneficio de la sociedad en general.

Argumentos de los libre-pensadores,

CONTRA LA SAGRADA BIBLIA.

Los que tanto se afanan por encontrar errores en la Sagrada Escritura, han repetido hasta el fastidio, que *el mundo es mas antiguo, de lo que refiere la Cronología Bíblica.*

Para demostrarlo recurren á los anales de los Egipcios, que no hacen escrúpulo en tejerse una série de 300 Reyes ó Reyezuelos que, habiendo reinado á un mismo tiempo en diferentes provincias de Egipto, los colocan en línea vertical, para sacar una serie prodigiosa de años. (*Memorias de Trevoux, enero de 1782.*)

Los Babilonios, por una operación muy semejante, decían que su imperio contaba ya 400,000 años.

Los Chinos no son ni más delicados ni menos hábiles. Sabido es, que los Emperadores de la China se abrogan una especie de autoridad sobre los tiempos pasados. En virtud de ella, para ennoblecer á algún súbdito ó para premiar algún servicio, suelen aquellos Monarcas extender un diploma retroactivo de mil, dos mil, ó tres mil años, para ilustrar la cuna ó la alcurnia del agraciado.

El que quiera convencerse de la prodigiosa antigüedad de los Chinos, puede leer la obra en que Bergier refutó tan vigorosa y exactamente las ideas de Freret sobre los *Anales chinos*, que el mismo Voltaire en sus *Conseils Raisonnables*, confesó que *no tenía que replicar.*

El P. Feller dice á este respecto,—“Los hombres superficiales, que nos hablan tanto de la antigüedad de la China, ignoran sin duda que la manía de todas las naciones antiguas era fijar la época de su imperio, á treinta ó cuarenta mil años.”

Ultimamente se ha querido formar prueba de la antigüedad de los Chinos, por el silencio que guardan los Jesuitas Misioneros que estan en la China; como quien dice, *quien calla, otorga.*

Pero los Misioneros Chinos no se atreven á decir nada allí, porque como dice el P. Jesuita Hualde, *sería un delito capital contradecir sobre este punto las preocupaciones de la nación; si alguno en el país quisiese disminuir un solo año de su cronología, le costaría bien caro su temeridad.*

Los Jesuitas que estan en China no contradicen la antigüedad de la China, porque sería lo mismo que perder la vida y lo que es peor para ellos, perder el Catolicismo y provocar una persecución contra la Iglesia entera.

Se ha dicho últimamente entre nosotros, que los Geólogos han perforado la corteza del globo y estudiado las diferentes capas de que se compone; y que, calculando por el número de años que cada una de ellas ha necesitado para formarse, dan al mundo una existencia de *cient millones de años.*

Esto no es argumento contra la cronología de Moisés.

1.º Porque el Poder divino no está subordinado de tal manera á las leyes naturales, que no pueda hacer en un segundo, lo que aquellas hicieran en *mil millones de siglos.*

2.º Porque nada tiene que ver la edad geológica del mundo, con su cronología histórica, que es de la que trata Moisés.

Por lo que hace á la *perforación de la corteza del globo*, (que se calcula tener 20 leguas de espesor y estar en contacto con la parte candente del centro de la tierra,) y que se dice, haber practicado los Geólogos, desearíamos que se nos dijese en que parte se hizo...quien?... en que año?...con que instrumentos?...y con que preservativos para no quemarse?

En cuanto al enfriamiento de las dos bolas de basalto de un pié de diámetro, que, se dice, Mr. Bischof hizo, y que le demostró haber necesitado la tierra *trescientos cincuenta millones* millones de años para enfriarse, puede muy bien haber sucedido.

Pero creemos que los geólogos en tal caso estarán muy enojados con Mr. Bischof; porque les ganó la friolera

de *doscientos cincuenta millones de años*, sobre lo que ellos, con tanto trabajo y riesgo, descubrieron en su perforación.

Otros argumentos, como los anteriores.

La Historia de la Pedagogía al exponer, ó mejor dicho, al censurar la *Educación cristiana*, tiene muy á mal que se enseñe á los niños la *Historia Sagrada*; porque, dice, *sus hechos en su mayor parte, se alejan mucho de la justicia y de la moral*.

Para probarlo, se refieren algunos pasajes de Abraham, Jacob, Moisés, Aod, Jahel, David, Salomón &.

Preguntamos nosotros.—¿La Mitología y las historias de Grecia, de Roma, de Francia, de Inglaterra, de América, &; no contienen hechos que se *alejan mucho de la justicia y de la moral*? Y entonces ¿por qué tanto empeño en enseñar estas, y tanto en excluir aquella?

Además, una cosa es referir los hechos, y otra cosa muy distinta es alabarlos, recomendarlos é inculcarlos.

Si el Autor se fija solo en el texto de la letra, prescindiendo del significado, origen, fin y espíritu de los mismos hechos, no es extraño que deduzca las consecuencias que deduce y aún otras peores. Es por esto precisamente, que la Iglesia ha prohibido la lectura de la Biblia sin las notas de los Expositores autorizados, que penetrando en el interior de esos hechos, que él califica de inmorales, demuestran en ellos la significación de grandes misterios y la aplicación de justísimas leyes.

Se dice que la *Historia Sagrada desconoce el derecho sagrado de la libertad de conciencia*.

Esto es verdad.—El sagrado derecho de libertad de conciencia, tal cual lo enseñó la Escuela Volteriana, tal cual lo proclamó la Revolución Francesa y tal cual lo siguen proclamando los libre pensadores, fué completamente desconocido, no solo por la *Historia Sagrada*, sino también por la *Historia* de todos los pueblos antiguos y por todas las legislaciones sabias.

Si por esa razón debiera abolirse el estudio de la *Historia Sagrada*, por la misma debía abolirse el de la historia de todo el mundo y aún el de la Filosofía que refuta y desconoce ese sacrosanto derecho.

Dice finalmente, que la *ley antigua reconocía la esclavitud y que la ley nueva no ha dicho ni media palabra para condenarla*.

En cuanto á lo primero, le rogamos nos diga si hubo una sola legislación antigua que no la reconociere también; incluidas la de el culto Egipto, la de la sabia Grecia, la de la ilustre Roma, la de la religiosa India, la de la eterna China &, &, &.

En cuanto á lo segundo, esto es que *el cristianismo no haya dicho ni media palabra para condenarla*, no diremos ni media palabra. Solo nos referimos á la obra que en 4 tomos, ha publicado el mismo EMILIO CASTELAR, titulada *“La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo.”*

El 15 de Setiembre.—Esta fecha, tan célebre en la historia de Centro-América, nos ha recordado la independencia nacional.

La fiesta cívica se ha celebrado con la solemnidad de otros años: solo sentimos que haya cesado la función religiosa, con que se manifestaba al Altísimo la gratitud del pueblo, y en la que los oradores sagrados demostraban las relaciones de aquel acontecimiento, con las creencias y preceptos de nuestra santa Religión.

Sabemos que el Supremo Gobierno ha nombrado Capellán del Ejército de la República al Señor Presbítero Don Mariano de Jesus Leiva.

Damos la enhorabuena, al nombrado por su honrosa posición, y al Ejército, por tener incorporado un sacerdote tan ilustrado como virtuoso.

“*La Discusión*” primero, y “*El Diario de Avisos*” después, han hablado del mal estado del Cementerio ahora que está administrado por la Municipalidad.

Igual observación pudiera hacerse, acerca de la mayor parte de los Cementerios de la República.

El Liceo del Salvador acaba de recibir los instrumentos de Física, que el Supremo Gobierno encargó y obsequió para su servicio, y además otros objetos como mapas, esferas, sólidos para Geometría, tectos etc. que encargó su Director.

Estos elementos y la conocida ilustración de los Profesores que dan las clases, ofrecen á los alumnos del Liceo del Salvador la ventaja de hacer bien sus estudios de Ciencias y Letras, que es tan necesario para toda carrera literaria.

La Escuela Católica de la Capital ha recibido también un considerable surtido, de Cuadros citológicos, cartas geográficas, esferas, textos y otros útiles, que la Autoridad eclesiástica encargó á España para su servicio.

Ojalá los niños que en ella se instruyen, sepan corresponder con su aplicación á los esfuerzos que se hacen, para proporcionarles educación científica y religiosa.

Los trabajos de la Nueva Catedral abanzan diariamente. Se ha concluido ya la armazón del techo de la parte que se está construyendo y no falta más, que la colocación de la lámina.

Su forma convexa es muy elegante, y hasta ahora es el único edificio de la Capital en que se ha adoptado.

Con la subida á esa altura y con la colocación de las tijeras, se ha superado una de las mayores dificultades del trabajo; principalmente entre nosotros, que carecemos de las máquinas y motores que en otras partes facilitan tanto esas operaciones.

Damos la enhorabuena a los directores de la obra, y nos complace ver que el Clero, tan injustamente acusado de retrógado y de enemigo del progreso, es iniciador de varios nuevos sistemas y vá siempre á la par de los adelantados del día.

Según informes dados á “*La Discusión*,” este periódico ha publicado un suelto desfavorable al Sr. Lic. D. Nicanor Rendón Trava.

No dudamos que “*La Discusión*” haya recibido esos informes, pero si dudamos de la verdad de ellos. Porque habiendo tratado íntimamente al Sr. Rendón desde que vino al Salvador, hemos encontrado en él cualidades que son incompatibles con los defectos que se le atribuyen.

Con respecto al Salvador, sabemos que tiene el mayor aprecio, que ha contribuido según sus facultades á varias obras de beneficencia, y que en su conducta privada y pública, nada ha hecho que pueda ser contrario á la hospitalidad que ha recibido en esta República.

La justicia y la amistad nos obligan á decir estas palabras en su ausencia, y en circunstancias en que su honor sufre un golpe, que, en nuestra opinión, es innecesario.

SECCION DE VARIEDADES.

El Catecismo de Ripalda

Y EL PROGRESO MODERNO.

Había en cierta población una joven, maestra de escuela, muy viva y piadosa; y un joven normalista, que era el maestro de los niños.

La identidad de profesiones era causa de que Don Canuto visitase con alguna frecuencia á Tecla; pero la superioridad de esta y su piedad, impedían que simpatizase con la fatuidad y pedantería de aquel.

Una tarde la encontró con el catecismo de Ripalda en la mano, y haciendo una exagerada pirueta, le dijo:—

C.—Señorita, ¿con el Padre Ripalda?

T.—Sí, señor, es mi libro favorito.

C.—Ah! Buen diccionario por cierto del lenguaje republicano que debemos usar y enseñar á nuestros pósteros, para gloria de la nación. Mucho mejor haría U. en

leer los periódicos que nos envían los escritores selectos, que se han levantado en nuestra patria. Ellos nos han introducido en un mundo nuevo, mundo libre, más claro, que demanda la ilustración de una nueva sabiduría. Para U. y aún para mí, eran desconocidos los nombres de libertad, de sagrados derechos del hombre, de soberanía del pueblo, de urnas electorales, de invento de Gutemberg, de filantropía, de marcha indefinida de la humanidad y tantas otras cosas augustas, eminentes, brillantes, espléndidas, que dejan aturrullado el cerebro.

T.—Me espanta que un filósofo como U., se aturda con tan poco ruido.

C.—No es poco ruido: yo compro, leo y ruméo cuantos papeles tapizan la república; y aunque dicen que son la flor y nata de la sabiduría, yo experimento que á la par que crece mi estudio, crece mi ignorancia y mi confusión.

T.—Precisamente, don Canuto; ellos han sacado las cosas de sus quicios naturales y no pueden producir más confusión: Por eso, cuidemos de no olvidar las verdades antiguas que hemos aprendido: nuestro catecismo, nuestro P. Ripalda, y ríase U. de todos esos sabios á la moda.

C.—El catecismo! el Padre Ripalda! Con él catecismo, se para el carro del progreso; él P. Ripalda es el soplo que apaga el sol de la inteligencia humana.

T.—Muy débil será ese carro del progreso, cuando basta para pararlo esta tan pequeña cuña: ó muy grande será este P. Ripalda, si puede apagar el solo, el sol de la inteligencia humana.

Algo pinchado don Canuto, por los cuernos de este dilema, le dijo:

—¿Qué sabía el P. Ripalda, de los grandes adelantos de este siglo? Él solo enseña ¿quién es Dios?, ¿quién está en el Santísimo Sacramento del Altar?, pero nada dice ni del maléfico egoísmo, ni del noble patriotismo, ni del cruel despotismo, ni la moderna filosofía, ni de las filantrópicas logias masónicas, ni de mil y mil otras cosas, que ahora son importantísimas, y que jamás se le vieron en mientes.

T.—¿Quién ha dicho á U. que ese incomparable maestro ignoraba algo, de lo que saben esos nuevos filósofos?: el P. Ripalda sabía todo eso y mucho más; y el que sabe bien su catecismo, sabe y entiende todo eso muy bien. Yo demostraré á U. que todo eso se aprende más en el catecismo, que en una biblioteca; que se comprende mejor esas cosas en la explicación del catecismo, que en las Universidades, Escuelas Normales, Academias y Sociedades que ahora se usan. A la prueba me remito: yo no sé más que el catecismo; pregunte U. y repregunte lo que guste de los progresos de su moderna civilización; y yo, solo con el catecismo y sin salirme de él, satisfaré á sus preguntas.

C.—Señorita U. se burla: pero, puesto que U. quiere que yo le pregunte de lo nuevo, para contestarme según su viejo Ripalda, vamos á ver. Sírvase decirme, ¿qué es egoísmo?

T.—*“Es aquel con que nacemos, heredado de nuestros primeros padres.”*

C.—¡Ola! esa es una verdad incuestionable; si bien lo meditamos, vemos que todos nacemos con él.—Y ¿patriotismo, qué es?

T.—*“El apetito desordenado de ser á otro preferido.”*

C.—¿Que bien pega el P. Ripalda! que bien arranca la careta á ese encantador disfrasado. Hablemos ahora de todos esos liberales, masones, libres pensadores &c. ¿qué procuran esos filósofos?

T.—*“Las codicias sensuales y de hacienda.”*

C.—Eso es, en verdad, lo que buscan. Y ¿cuáles son los que más blasonan de esa masonería?

T.—*“Los que no tienen veintitún años cumplidos.”*

C.—¿Quiénes son, en concepto de U., los más temibles?

T.—*“Los mayores en edad, saber y gobierno.”*

C.—¿Qué prometen á sus afiliados?

T.—*“Abundancia de todos los bienes y remedio de todos los males.”*

C.—¿Quién es el más amado para los masones?

T.—*“El que los obedece, socorre y reverencia.”*

C.—¿En qué necesidad están los Gobiernos de supri-

mir á los masones?

T.—*“En necesidad grave, á juicio de hombres sabios.”*

C.—Señorita, suscribo á la opinión de ese gran maestro. Siga U. con su doctrina y dígame: ¿qué quisieran destruir esos filósofos?

T.—*“La congregación de los fieles, regida por Cristo y el Papa su Vicario.”*

C.—¿Cuál es el blanco principal de su encono y execración?

T.—*“El romano Pontífice, á quien debemos entera obediencia.”*

C.—¿Qué señal abominan?

T.—*“La santa Cruz.”*

C.—*“En esta señal vencerás,”* dijo la Sabiduría increada. Dígame U.—¿quién se hace, entre ellos, más recomendable?

T.—*“El que hiere, amenaza, injuria ó á su ofensor no perdona.”*

C.—¿Quién es, á juicio de ellos, fanático?

T.—*“El que es casto en palabras, obras y pensamientos.”*

C.—¿Qué es lo que ignoran comunmente esos filósofos?

T.—*“Credo, mandamientos, oraciones y sacramentos.”*

C.—Y de quién huyen con más horror?

T.—*“De nuestra madre la Santa Iglesia, regida por el Espíritu Santo.”*

C.—Ahora sí; quemaré mi librería y todas mis colecciones de periódicos, vayan á enhora mala todos esos ilustrados de hoy, y compraré mi Catecismo del Padre Ripalda: ¿Qué es, en la opinión de aquellos señores, la riqueza?

T.—*“Lo más suave, último y perfecto de todas las virtudes.”*

C.—¿Qué precio ó valor tiene la riqueza, en la opinión de esos filósofos que tanto la idolatran?

T.—*“Es, en su opinión, de tanto valor, que el que la tuviere, aunque haya cometido los más graves pecados del mundo, al punto se le perdonan todos y se pone en gracia de Dios.”*

C.—Y U. ¿por qué cree que ellos tienen esa codicia?

T.—*“Porque en ellos se manifiesta más claramente.”*

C.—Con que se incomodan esos entes de nuestra sociedad?

T.—*“Con oraciones, sacramentos y ejercicios de virtudes.”*

C.—¿Y qué procuran persuadirnos, cuando están arrancados?

T.—*“Que los unos fieles tenemos parte en los bienes de los otros, como miembros de un mismo cuerpo.”*

C.—Ahí está el *busilis*: ahí está el desenlace final. Protesto á U. que el catecismo como un duende, todo lo sabe y todo lo adivina. Sigamos; ¿hay en el mundo quien tenga fuerza, para desenmascarar á esos hombres?

T.—*“La Santa Iglesia la tiene y usa.”*

C.—En efecto las excomuniones lo demuestran: pero ¿de quién están protegidos?

T.—*“Del demonio, del infierno, y de casos desastrosos.”*

C.—¿Y cuál es un Masón de carácter?

T.—*“El que jura hacer algo mal hecho.”*

C.—¿A quién, llaman ellos, despreocupado?

T.—*“El que al Templo desacata y á censuras de la Iglesia.”*

C.—Y los ilustrados, ¿qué detestan?

T.—*“Oraciones, Sacramentos, ocupaciones y compañías buenas.”*

C.—¿Qué aprecian, por lo común?

T.—*“La destemplanza, visitas, y conversaciones ocasionadas.”*

C.—¿Voto á tristas por tan buenos filósofos! y ¿quién es el más aborrecido por ellos?

T.—*“Quien no toma, ni tiene, ni quiere, lo ajeno, contra la voluntad de su dueño.”*

C.—Y quién es el más recomendado?

T.—*“Quien á otro hace alguna manera de daño injusto, ó es causa de que otro lo haga.”*

C.—En suma, ni la de Santo Tomás de Aquino creo ha reasumido lo que U., en tan lacónicas respuestas: pero dígame ¿hacen ellos siquiera algún bien á la sociedad?

T.—“No, ni antes, ni después del medio día.”

C.—Y si esos sabios se aumentáran, ¿acabarían con nuestras sabias y felices instituciones?

T.—“Si, hermano, sin duda alguna.”

C.—Pues los que más escriben en el día, ¿á quien dañan, á quien injurian?

T.—“A los vivos y á los difuntos del purgatorio.”

C.—A quienes dañan más particularmente con sus escritos?

T.—“A aquellos, por quienes se dicen, los oyen y ofrecen.”

C.—A que se dedican tales escritores, con respecto á las autoridades ó individuos á quienes pretenden criticar?

T.—“A pensar primero en sus pecados, decirlos todos, sin callar, á sabiendas, mortal alguno.”

C.—Quién de los dichos escritores es el mejor, en concepto de sus correligionarios?

T.—“Quién infama contra justicia, descubre secreto ó miente.”

C.—Finalmente, y para mi gobierno, qué remedio es el mejor para preservarse de esos filósofos, de esas logias y sociedades secretas?

T.—“El mejor de todos es huírlas.”

C.—Y ¿contra los malos periódicos?

T.—“Los buenos; la cruz y el agua bendita.”

C.—Esos filósofos, masones, ilustrados, y libertinos, ¿en dónde deben estar proscritos?

T.—“En el cielo, en la tierra y en todo lugar.”

C.—Protesto á U. que respeto su erudición y que me humillo á su sabiduría. El *Maestro de las sentencias* no se expresaría con tanta verdad, solidez y laconismo:—Ahora veo que quien sabe el Catecismo de Ripalda, lo sabe todo y lo sabe mejor, que los que se desvelan sobre periódicos y revistas. Ahora comprendo, por qué los filósofos aborrecen tanto al pequeño Ripalda. Adios Tecla, mil gracias por los desengaños y enseñanzas que me ha suministrado: procuraré aprovecharme de ellos.

Extractado de *El Centinela Católico* de Méjico.

La caridad.

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.” Estas bellísimas palabras de Jesus, en el discurso de la montaña, son el elogio más sublime de la caridad. Condoleos de las miserias ajenas, mitigad los dolores del prójimo, sed compasivos y buenos con los desgraciados, tolerad las flaquezas humanas, no hagais á los demás lo que no quisierais para vosotros; hé aquí los fecundos preceptos de la caridad. Por esto, la definición más completa que podemos dar de ella es; el amor á Dios sobre todas las cosas, y el amor al prójimo por el amor á Dios.

La caridad es amor, el amor desinteresado, espontáneo, expansivo y sublime, el amor compasivo, hijo del corazón sensible que sufre en presencia de las desgracias y defectos ajenos.

La caridad, así como la fé, tiene su apoteosis en el infortunio. Ella no resplandece sino en la casa de los pobres, en los hospicios, en las prisiones, en donde quiera que hay llanto, orfandad y miseria.

De todas las virtudes con que Dios ha hermoñado el hogar, la caridad es el origen de todo amor fecundo y verdadero. Sin la caridad, no existiría ni el amor paternal, ni el amor filial, ni los hermanos podrían tolerarse mutuamente, ni la familia podría pensar en Dios, en esas horas de inefable calma, aurora perfumada del hogar.

La creación entera celebra las glorias de su Autor; la planta, el animal, la roca, el océano, las montañas, la luz y los vientos, la tempestad y la calma, todo levanta hacia los cielos, un himno de reconocimiento; pero sólo al

hombre virtuoso está concedido bendecir á su Creador, por medio de la Caridad.

Pero la caridad no consiste solamente en socorrer á los que sufren, en dar de comer al hambriento y de beber al sediento, en vestir al desnudo y en ayudar al necesitado: ella es también la tolerancia con los defectos ajenos, la buena voluntad para hacer el bien y evitar el mal, la paciencia que nos enseña á sufrir las injusticias, la humanidad que nos hace mansos ante los decretos de la Providencia.

La caridad principia por nosotros mismos y se irradia hacia nuestros semejantes, á la manera del Sol que ilumina, al nacer, las altas cimas y sigue después á los valles y llanuras.

Su gran triunfo no consiste en hacer el bien, sino en devolver bien por mal. “Ama á tu prójimo como á tí mismo.” Traducid esta frase de Jesucristo y tendreis la síntesis de la caridad:—el amor, la humildad, la tolerancia y la resignación, el respeto á sí mismo y el respeto al prójimo.

En la gran cadena que representa la vida, solo la caridad tiene la virtud de unir los eslabones que se rompen á cada instante. Todo pasa, riquezas, honores, atractivos; la vanidad, aguijón implacable, tortura la materia y el espíritu; el orgullo ciega; la ambición roe. Vivimos atormentados por una sed insaciable de honores y de gozes; pero, al llegar las tristes horas del desengaño, solo una amiga queda de pié á nuestro lado, la caridad compasiva y generosa, mensajera de Dios, testigo mudo de nuestra indigencia y remedio eficaz que alivia nuestros males.

¿Quereis saber cómo se dá, cómo se consuela, cómo se protege? Poneos en lugar de los que piden, de los que lloran, de los que suplican: poneos en lugar de la madre cristiana que vacila y teme al ver á sus hijos sin pan y sin trabajo; poneos en lugar del buen padre de familia enfermo y sin asilo.

¿Quereis que vuestra caridad sea provechosa? Hacedla con humildad. Hay más caridad en la negativa suave, compasiva y digna, que en dádiva ostentosa y pública. Por el camino del pobre anda el rico; hoy vivimos felices y opulentos, y mañana, sin preverlo, nos encontramos abatidos y desgraciados; pero aquel que sembró buena semilla cosechará buenos frutos, y la caridad que fué nuestra guía en los dias de la felicidad, será nuestro amparo en los dias del infortunio.

Jesucristo se sacrificó por la caridad, y por la caridad se sacrifica la madre por sus hijos y los hijos por sus padres. No hay gloria; en el sacrificio, sino por la caridad no hay virtud posible, en la familia, sino por la caridad, y el mismo amor á la patria, en su más sublime aceptación, es caridad.

Por la caridad vamos á la perfección social y moral; la caridad destruye los vicios, fortalece el cuerpo, enaltece el espíritu y da vida al corazón. No hay moral, no hay dicha completa sin la caridad; la familia no podría existir sin la mútua tolerancia de sus miembros, sin esa abnegación que hace sufrir á todos cuando sufre uno: la caridad la alienta, la fortalece, la salva. Los más ilustres varones de la historia han tenido su origen en familias caritativas, y las mujeres más dignas, las mejores esposas, las mejores madres son aquellas, que, desde su infancia, han alimentado sus corazones en el fuego sublime de la caridad.

En el camino de las buenas obras, la caridad nos hace salvar las distancias y nos conduce á puerto seguro; ella fecunda como la lluvia del cielo, embalsama el hogar con aromas purísimos y nos acompaña, en la hora de la muerte, con cánticos religiosos que nos acercan á Dios, que es la caridad.

ARÍSTIDES ROJAS.

(De la Estrella de Pauama)

IMPRESA DE “EL COMETA,” PLAZA DE SAN JOSÉ.